

Fernando Santiván

¿Fué el propósito de Cervantes, satirizar en el "Quijote" los libros de caballería? (*)



Es probable que Cervantes, al dar comienzo a su obra inmortal, tuviera el propósito de ridiculizar la extravagancia e inverosimilitud de gran parte de los libros de caballería. Pero no es seguro que sintiera aversión por el relato de aventuras caballerescas. Hasta podría aventurarse el aserto de que el romántico caballero andante que constituía la esencia espiritual de don Miguel, no pudo abominar las proezas fantasmagóricas de héroes que actúan en los libros de caballería.

El origen de las hazañas caballerescas se puede hallar seguramente en las Cruzadas. Todo ese inmenso movimiento de pavor levantado en Occidente, la anunciada terminación del mundo en el año 1,000, hizo que los pueblos tendieran los brazos angustiadamente hacia la tumba de Cristo en poder de los infieles. Una romería sin término cruzó el continente europeo en dirección a Tierra Santa. Hombres, mujeres y niños; nobles y plebeyos; caballeros y peatones; caminaron hacia la tierra oriental con el propósito de

(*) Conferencia sobre "El Quijote. Comentarios a algunos capítulos", dictada por el autor en el Salón de Honor de la Universidad de Concepción.

humillar la cabeza, cubierta de ceniza, en la tumba del Redentor del mundo, único que podría salvarlo de nuevo.

Los mejores hombres de Europa medieval, los más valientes, los más fervorosos, los más nobles, se desplegaron a la cabeza de turbas tremantes de emoción. Luis de Francia, Ricardo Corazón de León, otros mil, antes, junto, y después de ellos, emprendieron gigantesco viaje hacia el desconocido y fabuloso Oriente.

España fué uno de los pasillos de la inmensa romería. Prendió en el alma de la Península la hoguera de fervor y maravilla. España entera fué una fragua de heroicidades extraordinarias; y, como el espíritu español, apasionado y violento, es campo fértil para el desarrollo de la semilla aventurera, nacieron con profusión empresas colectivas o individuales, de inverosímil exaltación, más que en ninguna nación europea. Todas tuvieron un profundo contenido espiritual, de fanático retorno a la pureza de sentimientos y costumbres, de misticismo y de moral pública o privada. La guerra contra el moro invasor, la gesta del Cid, el Descubrimiento y Conquista de América, la lucha de España contra la mitad de Europa, el tribunal de la Inquisición, las hazañas del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, constituyeron una perpetua escuela de heroísmo y de andante caballería, más osada aún que lo que pudieron inventar los creadores de Amadís de Gaula y de Orlando Furioso. En un ambiente semejante, nada parecía imposible, ni siquiera lo sobrenatural.

Cervantes mismo no era más que un caballero andante adaptado a la época y a las circunstancias. Seguramente en su juventud, y quizá más tarde, fué asiduo lector de libros de caballería. La religión, el rey y la dama de los pensamientos, apretaron en su imaginación un nudo mágico del cual no pudo desprenderse durante una vida entera de embestidas y quebrantos contra la implacable realidad.

Sin embargo, gran parte de sus comentadores se inclinan a pensar que Cervantes, al escribir su *Quijote*, tuvo el propósito casi único de fraguar una novela que asestara golpe mortal a las his-

torias de caballería. El causante de este juicio, que empequeñece hasta cierto punto la grandeza y trascendentalidad de su obra, es el propio Cervantes. Cuenta en el prólogo que, habiendo hecho confidencias a un amigo acerca de la confusión en que se hallaba por no serle posible encontrar citas griegas o latinas que acreditasen su erudición literaria, como tampoco tenía padrinos que lo presentaran ante el público con juicios y sonetos alusivos, según la costumbre en libros de la época, el amigo le habría respondido:

“Este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballería, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón: ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología...”

“... Y puesto que esta vuestra escritura no mira más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballería, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas...”

“... En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos más: que si esto alcanzáredes, no habríades alcanzado poco...”

Si alguien pudiera dudar de los propósitos que tuvo Cervantes al escribir el *Quijote*, estas palabras de su prólogo disiparían hasta la última duda. Pero...

... Pero es preciso pensar también en el pudor intelectual que obliga a los autores a encubrir su pensamiento cuando se trata de referirse a la importancia y méritos que ellos, en el fondo de su pensamiento, pueden atribuir a su obra.

Cervantes no fué debidamente apreciado por sus colegas contemporáneos, ni antes ni después de escribir el *Quijote*, lo que pudo desarrollar en él lo que se llama un complejo de inferioridad. Su labor literaria sólo recibió pocos y menguados aplausos en los

comienzos. Permaneció en el retiro de las letras durante la etapa más lozana de su vida; recibió desdenes de grandes poetas a quienes él admiraba; y sólo comenzó a escribir su *Quijote* en las postrimerías de su existencia, cuando, ya viejo, aporreado por la suerte, abrumado por la pobreza y la injusticia, recogía el resto de sus fuerzas para emprender la última aventura. No es posible imaginar que un espíritu de sensibilidad tan esquiva y dolorida como la de Cervantes, tuviera la ingenuidad de confesar el dilatado alcance que atribuía a su obra. Un autor de mediana cordura piensa que lo que no puede ser descubierto en su obra por la crítica o por el público, sin explicación preliminar, debe ser silenciado y sepultado hasta el día de la resurrección de los muertos.

El Caballero de la Mancha, con locura o sin ella, es la imagen de pasta espiritual más rica que sea posible concebir por cerebro humano. Nunca se ha presentado en la escena literaria novelesca un personaje de intenciones tan absolutamente limpias, nobles y elevadas. Jamás cayó en un renuncio. Ni después de los tremendos descalabros a que lo llevó su insanía, tuvo gesto de rencor, de odio, de baja venganza; ni menos renegó de Dios, de su credo caballeresco; ni de sus amores y amistades. Don Quijote es de una pieza. Si sus confusiones y ridículos aterrizajes nos mueven a risa, junto con la carcajada que aflora a los labios, sentimos de inmediato el impulso reparador de consolarlo piadosamente, como lo haríamos con un niño cómicamente estropeado. ¿Es manera de ridiculizar la caballería andante hacer que, después del conocimiento íntimo de don Quijote, émulo y caricatura de fabulosos caballeros, deseemos parecernos a él en sus nobles cualidades, como quisiéramos asemejarnos, aunque fuese en parodia y a inconmensurable distancia, al Cristo coronado de espinas y befado por fariseos y muchedumbres ignaras?

Si el *Quijote* fué el resultado de lecturas de caballería, podríamos conjeturar que sería beneficioso para nuestros niños que se pusieran bajo su vista tales libros, para crear en sus almas predisuestas a la bondad, la sublime llama del idealismo y del desinteresado sacrificio.

¿Pudo Cervantes pensar que su personaje destruiría para siempre el hechizo de los libros inverosímiles de andantes caballeros? ¿Pudo alimentar la intención de ridiculizar la fábula de Roldán y los doce pares de Francia? ¿Es posible que deseara reducir a cenizas la figura legendaria de Ricardo Corazón de León y de los Caballeros de la Tabla Redonda? ¿Qué dijéramos de un autor moderno que pretendiese destruir implacablemente el maravilloso tapiz oriental de las *Mil y una noches*?

Si la intención de Cervantes fué matar la ilusión idealista de los libros de caballería, habría que confesar su fracaso completo, y sería obra de piedad literaria disimular la equivocación de un escritor de tal magnitud.

Más cuerdo es aceptar la tesis de que el autor del *Quijote* quiso escribir su propia historia, encubierta bajo el disfraz de un loco sublime. Los descalabros de Cervantes en la vida fueron los mismos que sufrió su héroe en el libro y tuvieron el mismo origen: desequilibrio entre la imaginación desorbitada y la inmutable realidad. La tendencia natural en el hombre inteligente, después de recibir un golpe ridículo, es adelantarse a la mofa de vulgares o indiferentes, realizando jocosa pantomima de su propia desgracia.

No existe hombre adulto, joven adolescente, o niño, que no haya debido sufrir doloroso choque entre lo imaginado y el mundo real. Es un conflicto de carácter universal. No se ha descubierto todavía mejor forma de adquirir conocimiento y experiencia de la naturaleza circundante.

UNIVERSALIDAD DE LA OBRA DE CERVANTES

Del contenido de humanidad que transparenta el *Quijote*, proviene precisamente la comprensión que ha encontrado en todos los países del orbe. Para captar el sentido profundo de la naturaleza, es preciso poseer, antes que nada, sensibilidad; después, aguda inteligencia discriminadora de las impresiones recogidas; y, luego, para transformar el resultado en obra de arte, habrá que poseer los me-

dios de expresión que lo traduzcan en forma lúcida y sintética. Todas estas cualidades las tuvo Cervantes en demasía.

La sensibilidad de don Quijote y de su creador, juzgados por la ciencia médica, posiblemente sería calificada de hiperestésica. Las antenas espirituales de don Quijote son de tan extraordinaria sensibilidad que se adelantan a la percepción —del mismo modo que la luz antecede al sonido— y la amplifican y deforman en los espejos cóncavos de su sistema nervioso, anormalmente desarrollado.

No ocurre el mismo fenómeno en su escudero Sancho Panza, posible complemento de don Quijote, quien efectúa el proceso de transformar la sensibilidad nerviosa deformada de su amo, en cruda y normal realidad.

A propósito de la sensibilidad de Cervantes, que lo conduce a la gloria y al martirio, conviene recordar una de sus "Novelas ejemplares", poco citada por sus comentadores y que el mismo Ticknor olvida en la recapitulación de sus obras, lo que nos hace pensar que incurrimos en error al atribuirle al autor del *Quijote*. Nos referimos al *Licenciado Vidriera*. El personaje de este libro es un antecesor del Quijote y su pariente muy cercano, en locuras y excentricidades. En su insanía, imagina estar conformado del material más puro, translúcido y sensible: el cristal. Por tal motivo, cada vez que el licenciado viaja de a caballo, se hace empaquetar en paja dentro de unas árguenas; y cuando atraviesa la ciudad de a pie, sólo camina por el centro de la calle, temeroso de recibir sobre su cuerpo el golpe de una teja, que seguramente lo destrozaría.

El licenciado Vidriera es la representación simbólica más exacta de lo que debió ser la sensibilidad de Cervantes. Ese hombre genial llevó en su sistema nervioso el supremo goce, al par que el más tétrico infierno, del mismo modo que lo llevan los artistas en su mayoría.

También en el *Quijote* encontramos el pasaje de la Cueva de Montesinos, curiosa aventura que más tarde permite dudar a Sancho Panza de la sinceridad de su amo, cuando, malévolamente, lo interroga sobre este episodio la duquesa. El Caballero de la Triste

Figura bajó al abismo tenebroso atado en una cuerda que sostuvo el escudero desde el borde de la obscura boca. Al ser izado por Sancho después de un largo espacio de tiempo, éste ve aparecer a don Quijote en apariencia dormido o desmayado. Sin embargo, al volver el caballero en sí, cuenta una historia tan maravillosa de su actuación dentro de la Cueva, que su escudero lo escucha suspenso y dubitativo. ¿Mintió el ínclito caballero? No es posible concebirlo. Seguramente Cervantes no ha querido poner en ese trance a su héroe, sino representar, en símbolo, la sincera transposición de la realidad que suelen sufrir los artistas.

Y así va desfilando el mundo contemporáneo de Cervantes en las páginas de su libro, en su faz hipersensible y en su aspecto crudo y preciso, con profusión de río, de lago o de océano, numeroso y poderoso como la humanidad misma. Por eso aciertan, a nuestro juicio, quienes afirman que Cervantes pretendió establecer en su libro la eterna dialéctica que se debate dolorosamente en la pequeña cárcel del ser humano.

Sin duda no hizo otra cosa el autor que describirse a sí mismo y relatar las impresiones que recibió del mundo en su larga vida penosa y zarandeada. Después de todo, es la manera más segura de realizar obra profunda, veraz y duradera, ya que nada hay que se parezca más a la sabiduría que el conocimiento del propio espíritu.

Ningún escritor puede vencer a Cervantes en grandeza representativa de seres humanos, acaso igualada por Dante en su *Divina Comedia*, y por Homero en sus poemas mitológicos. Cervantes los supera en verismo. Cada tipo del *Quijote*, hasta los mínimos y accesorios, que pasan por casualidad ante el campo que abarca su retina cinematográfica, quedan definidos como personajes o células humanas completas.

No caminó demasiado Cervantes para buscar tipos ajenos a sí mismo. Los tuvo a la mano en su país y en su propia provincia. Son la muchedumbre que vió desfilan en su vida cotidiana durante su larga vida. Los encontró en sus penosas andanzas por el terri-

torio español cuando se dedicaba a recoger las alcabalas del rey. Los cogió en sus rasgos esenciales: puede ser ese el secreto de que resulten familiares y reconocibles por todos los lectores del mundo, pues nada resulta más simple y completo que lo que se conoció en la intimidad.

Se explica así que Máximo Gorki lo haga comentar por humildes heroínas de sus libros, lo mismo que Dostoiewski y Turguenev lo estudien y lo injurgiten en sus obras novelescas. El *Quijote* se lee con igual familiaridad y entusiasmo en Finlandia como en Suecia, en Noruega, América, China y otros países. Lo buscan chicos y grandes, cultos letrados y gentes del vulgo. No ocurre lo mismo con otros escritores de fama universal —Shakespeare, Quevedo o Goethe, por ejemplo—, cuyo retoricismo refinado sólo logra penetrar en espíritus de cultura superior. Hamlet, loco genial como el Quijote, no alcanza la universalidad de este último. Es demasiado complejo en su psicología y demasiado maduro en sus consideraciones filosóficas para aspirar a la comprensión de las masas.

MEDIOS DE EXPRESION DE CERVANTES

Es el último de los atributos esenciales que completan al artista. Sin la expresión adecuada a la sensibilidad y a la trituración y decantación intelectual de las imágenes percibidas, el artista permanecería inédito.

Mucho se ha hablado entre los eruditos literarios de la incorrección retórica, y hasta gramatical, del lenguaje empleado por Cervantes en sus libros. También dejarían que desear su manera de componer novelas, especialmente por sus continuas digresiones o injertos de asuntos diversos, ajenos a la propia narración de la obra. Tales serían el cuento de la "Pastora Marcela", la novela del "Curioso Impertinente", la historia del "Cautivo" y otras narraciones de menor cuantía. El propio Cervantes se defiende y explica estos cargos que, por lo demás, no tienen mayor importancia.

Pero en lo que todos deberán convenir es de que no existe en

literatura española un escritor de mayor espontaneidad en el lenguaje, de mayor sencillez y livianura. Hay en el estilo de Cervantes, a pesar de su frondosidad, algo como una alegría interior, un rezumo espiritual de luz y bondad, que posiblemente no pueda ser imitado. El lenguaje de Cervantes es como la prolongación de los personajes del libro y también de la vitalidad y gracia del propio autor. Es infinito en matices, siempre nuevo y renovado. Cada personaje habla y se mueve de un modo especial y no es posible dudar, con sólo escucharlo, que es único y él mismo. Será difícil encontrar un concepto obscuro en la obra de Cervantes. Se desliza con claridad de arroyo y con la frescura de prados y árboles matutinos. Cuando es don Quijote quien habla en sus momentos de lucidez, su palabra alcanza elegancia y elevación de capiteles apuntando hacia el infinito. Y cuando es Sancho quien divaga, su lengua espesa, embrollada de refranes y de salud campestre, nos traslada sin esfuerzo hasta los surcos morenos de la tierra que habrá de recoger la semilla de repollos y alcachofas. No existe retoricismo en Cervantes, aparte del necesario para esgrimir el pensamiento con precisión. Su estilo es organismo vivo, palpitante; laxo o agitado; tumultuoso o sereno, según convenga a la actuación de personas o situaciones.

Con todos sus olvidos, con todas sus contradicciones, Cervantes seguirá siendo el primer escritor y estilista de la lengua y el menos ecadémico y el menos arcaico de todos.

CERVANTES Y SU INTIMA CONCEPCION DE LA ARISTOCRACIA

La vida del autor del *Quijote* estuvo llena de crueles alternativas. El Calvario, con sus doce estaciones, encontró escenario en su corazón enardecido por soles de Africa o helado por la sombra húmeda de prisiones castellanas. En sus dolientes andanzas por el mundo, tuvo que recibir muchas veces sobre la espalda desnuda, el azote de los amos de la tierra. Llovieron sobre su rostro los escupitajos

despectivos de grandes señores habituados al vasallaje incondicional de sus modestos servidores. ¿Qué significaba para un orgulloso bajá musulmán, o para un príncipe cristiano, la alcurnia espiritual de un escritor, aunque fuese de calidad diamantina? El escritor era para él un poco más que juglar trovero de los castillos medievales, o bufón cortesano de los monarcas, destinado a aumentar el brillo escénico de la maquinaria palaciega.

El infante Juan Manuel o el rey Alfonso el Sabio, acaso perdieron algo de su prestigio, ante su engolillada nobleza, únicamente por haber dedicado sus ocios al cultivo de las letras o de la ciencia. No valieron más en el concepto de sus súbditos de abolengo, que aquel lamentable y tímido Luis XVI de Francia que perdió su prestigio real por dedicarse al cultivo de la mecánica y de la relojería, mientras se sentía crujir el trono sostenido por los hombros de la corrompida nobleza bailarina y espadachinesca.

En tiempo de Cervantes actuaban los príncipes, en sus relaciones con el escritor, como pródigos Mecenas en espera del sahumero de versos y dedicatorias genuflexivas. Eran, los escritores, simples florones decorativos del complicado escudo de armas repetido hasta lo infinito en fachadas de piedra, muebles y vajillas preciosas. Ni el genio altivo y donairoso de don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la torre de Juan Abad y Caballero de la Orden de Calatrava, dejó de pagar su tributo de adulación a la grandeza imperante de su época.

¡Con cuánta extrañeza comprobamos la humilde actitud asumida por talentos como Cervantes, Lope de Vega o Shakespeare, ante la hueca inflación de aristócratas que pudieron admitir la alabanza sin apresurarse a bajar de su sillón enjoyado para corregir la inconsciente anomalía, prosternándose a su vez ante los desorientados incensadores!

¿Tuvo Cervantes conciencia de la estatura de su genio? Era modesto y sencillo. La creación de su Quijote parece más bien una pudorosa ocultación de su personalidad, continuamente abatida por el mundo circundante, siempre atropellados sus sueños por la cruda

realidad, nunca recompensado su generoso impulso altruísta, humanitario o patriótico. Se sabe que amó a una discreta dama y que la exaltó con su fantasía a mundos siderales. La hizo su compañera y la miseria en que vivieron se encargó de convertirla en despojo humano, criada de su propio hogar, envejecida sin gloria y maltratada por la superficialidad circundante. El, Cervantes-Quijote, se encarga entonces, después de haber pretendido inmortalizar su amor en la *Galatea*, de burlarse de su propia exaltación y exhibirla como caso digno de ironía piadosa.

ENCANTAMIENTO DE DULCINEA

¿Quién no se ha engañado alguna vez en la vida con una mujer amada, a quien la imaginación vistió con galas de princesa, aunque no fuera más que simple labradora?

Los encantadores y hechiceros son una realidad, porque no hay mejor hechicero que el amor. Cuando amamos, sea el ser amado mujer, hijo o amigo, desaparecen arrugas, afeites y postizos; sólo vemos los metales en el espectro solar de nuestra imaginación, vestido de colores de aire mágico.

HUMILLACION DEL GENIO ORGULLOSO

¿Era Cervantes modesto y sencillo, en realidad? En su juventud fué criado de un príncipe de la iglesia, monseñor Aquaviva, a quien sirvió de camarero en Roma, el año 1570. Uno de sus biógrafos, quizá el más humano y afectuoso para considerar el espíritu y la vida de Cervantes, el erudito profesor inglés George Ticknor, supo que desdeñó la permanencia en casa de su comprensivo protector, para ingresar en la Armada de la Santa Liga, a fin de combatir al sarraceno, enemigo de Cristo. Fué aventura peligrosa, que le costó la pérdida de un brazo y la esclavitud en Argel. Su concienzudo biógrafo atribuye su decisión de abandonar el apacible puesto de camarero para servir bajo las órdenes de don Juan de Austria, a

“su carácter altanero y verdaderamente español”, “que le hizo mirar con repugnancia su situación humilde y equívoca”.

Sin embargo, este hombre brioso y emprendedor, se ve obligado más tarde a aceptar la protección y rendir pleitesía al poderoso conde de Lemos, de quien se nombra “criado” y a quien “besa los pies” con respetuosa cortesanía, al dedicarle la segunda parte de *Don Quijote*. La primera se la dedicó al duque de Bejar, a quien “suplica la reciba con el acatamiento que debe a tanta grandeza” y “fiando en que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio”.

Son expresiones y costumbres de la época, es verdad, pero en todo caso conmueve exhumar estas minucias que exhiben a grandes artistas transigiendo con fórmulas de vasallaje, acosados, seguramente, por la necesidad.

¡Pobre Cervantes! ¡Cuánta sería su humillación al tener que pedir ayuda, como podría hacerlo un mendigo, a fin de evitar que su obra quedase en el anónimo, al final de una vida de aciaga fatalidad! ¡A él, a quien no podía ocultársele los defectos y pequeñeces de los hombres a quienes tendía la mano pedigüeña!

VERDADERO CONCEPTO DE ARISTOCRACIA

El concepto de aristocracia es respetable cuando se admite como derivación de leyes biológicas de herencia y atavismo, y cuando los títulos de selección, repartidos por los monarcas, correspondieron a cualidades de nobleza espiritual evidenciadas en actos de valor temerario, de fidelidad, de fortaleza de carácter, de sabiduría o perseverancia. En ese sentido el hidalgo don Quijote era aristócrata de verdad, lo mismo que su creador, don Miguel de Cervantes y Saavedra, tanto o más que los príncipes de su tiempo. Pero tal concepto se desmorona y caduca, cuando los descendientes de hombres que se distinguieron una vez, bastardean su origen con vicios y pequeñeces y se transforman en meras caricaturas de los antecesores.

Pero hay algo más que carcome a la aristocracia. Es el espíritu de clan, la supervivencia y acrecentamiento de una falsa con-

ciencia de superioridad, inflación colectiva que los lleva a adoptar un lenguaje especial, un mecanismo mental desdeñoso, costumbres y actitudes diferentes a las del resto de los mortales.

De este modo el aristócrata hereditario concluye por considerarse, junto con sus congéneres de clase, privilegiado por el Supremo Creador, colocado automáticamente desde su nacimiento en una plataforma elevada que le permite contemplar el mundo bajo sus pies. De ahí se desprende una serie de incomprensiones, crueldades, injusticias hacia individuos que viven en condiciones materiales inferiores a la suya.

CERVANTES TOMA VENGANZA DE SUS HUMILLADORES

¿Tuvo conciencia el autor del *Quijote* de la tremenda pintura realizada en su libro de los feos repliegues psicológicos de la casta privilegiada?

En la época en que se desarrolló la vida de Cervantes, no se discutía el origen divino de los monarcas. La nobleza no era más que su prolongación. La penetrante retina psicológica de Cervantes debió ver a los nobles tales como eran, con sus defectos y cualidades; pero es posible que le pareciesen perdonables los errores de una casta que, en el peor de los casos, no tuvo culpa en su formación espiritual. Eran buenos o eran malos; quizá las dos cosas a la vez. El escritor les dió vida tal como los viera, sin preocuparse de defenderlos o condenarlos. Fué acaso su propio vengador inconsciente.

ODISEA DE DON QUIJOTE EN EL PALACIO DE LOS DUQUES

Nadie que lea las aventuras del insigne hidalgo en el palacio de los duques, podrá evitar tristes reflexiones al evidenciar la bajeza moral y la crueldad que se oculta bajo el aparente refinamiento y la placentera bondad de aquellos opulentos magnates.

Comienzan por faltar a uno de los deberes caballerescos más

sagrados en la vida social de todos los tiempos: la hospitalidad. Después de invitar halagüeñamente a don Quijote y a Sancho para que fueran a hospedarse en su magnífica mansión, y de recibirlos con mentida ceremonia espectacular, comienza la farsa sangrienta, sin respetar las canas del insano caballero, ni sus honestas convicciones, ni sus puros y elevados sentimientos.

Sábese que don Quijote mantiene la triste y adorable ilusión de ser el amador insobornable de su señora doña Dulcinea. Los duques aleccionan a una hermosa doncella de su servicio para que procure quebrantar la fidelidad de don Quijote. Forjan, de este modo, una cadena de graciosas comedias para colocar al presunto amante en ridícula postura.

¿Son dignas de risa las escenas ocurridas a don Quijote y a Sancho Panza durante su permanencia en el palacio de los duques? En verdad, son divertidísimas, como todas las que el talento de Cervantes desparrama a lo largo de su obra; pero en el fondo de ellas existe una diferencia esencial que las convierte en amargas y lamentables.

Las incidencias desgraciadas que azotaron a don Quijote y a Sancho en sus andanzas por el mundo, ocurrieron por libre disposición del destino, y se enhebraron con la espontaneidad y frescura que provenía de situaciones provocadas por el insano magín de don Quijote, en pugna con la desprevenida realidad. Las que le ocurrieron en casa de los duques, en cambio, nacieron premeditadamente; fueron concebidas y combinadas como obra de arte; se amaestron actores numerosos, gastando sumas crecidísimas para conseguir efectos de solemnidad, como en aquella cacería en el bosque de los duques, en que intervinieron demonios, encantadores, tempestades, músicas angélicas, y, por último, el sabio Marlín, Dulcinea del Toboso y grandes comparsas de actores, todo a fin de convencer a Sancho Panza que debía darse tres mil doscientos azotes como contribución impuesta por los hados para desencantar a la dama de su señor.

Mueve a risa el lavatorio de don Quijote después de la comida

en la mesa de los duques; imposible dejar de sonreír ante los apuros del honesto caballero para librarse del amor de Altisidora, la fingida doncella, ni es posible evadir la jocosidad que se desprende de lo relacionado con la condesa de Trifaldi y la dueña doña Rodríguez. Pero, adonde culmina acaso la burla al honrado caballero y su crédulo escudero, es en la preparada escena de Clavileño y de sus extraordinarios resultados.

Clavileño puede ser símbolo, un penoso símbolo, por lo demás, de lo que acontece a los artistas que, en alas de la fantasía, vuelan por mundos estelares, mientras en realidad no han despegado los pies de la áspera tierra.

Toda la vida de don Quijote podría ser un trasunto doloroso de la vida de los poetas, de los sabios e inventores, de los aventureros que salen a descubrir nuevas tierras en el ecuador o en la Antártida, de los hombres de armas que combaten por la gloria, del mismo Cervantes, ya lo dijimos, nuevo Cristo crucificado por el destino y ridiculizado por los mediocres y fariseos.

SE OYE LA VOZ RECIA DE UN HOMBRE LIBRE

Es posible que Cervantes no haya pretendido zaherir las crueldades de la aristocracia superficial y egoísta describiendo la estada de don Quijote en el dominio de los duques. Pero hay un indicio que podría evidenciar lo contrario. Es aquella escena en que un eclesiástico, seguramente capellán o confesor de los duques, con el prestigio de su investidura religiosa, al darse cuenta de la farsa que se está desarrollando a costa de don Quijote, se dirige al aristócrata en áspero tono:

“Vuestra Excelencia, señor mío —le dice—, tiene que dar cuenta a Nuestro Señor de lo que hace (con) este buen hombre. Este don Quijote, o don Tonto, o como se llama, imagino yo que no debe ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática a don Quijote, le dijo: Y a vos,

alma de cántaro, ¡qué os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante, que vencéis gigantes y prendéis malandrines?"

El agrio sacerdote es seguramente el único hombre honrado en aquella corte de adulones y mal intencionados. Su rudeza y descortesía no puede por menos que atraer un beneplácito de los hombres conscientes de su deber. Es la voz de la honradez moral. La respuesta de don Quijote, acaso la del mismo Cervantes, es un tratado de finura, ironía, sagacidad y augusto respeto por el destino.

Si se aceptare que Cervantes tuvo el propósito de dibujar un cuadro de la indignidad de los grandes de esta tierra, de su desaprensión ante los méritos ajenos, de su crueldad para burlar a los ingenuos y extraviados de la vida normal, de su egoísmo y trivialidad sin límites para procurarse goces, aún a costa de las cosas respetables, no habría encontrado mejor ocasión que estas páginas dedicadas a las aventuras de su personaje en el palacio de los duques. ¿Imagináis a un señor que para procurarse diversión extrajerse a un venerable anciano de la Casa de Orates y fabricase a su costa un programa de burlas y pantomimas en las cuales el indefenso loco sufriera ridículas caídas y rudos pescozones?

Si la historia íntima de aquellos que se nombran aristócratas se escribiese en nuestros días, encontraríamos entre ellos a meritorios políticos, escritores y artistas de prestigio, honrados hombres de trabajo que han conseguido éxito en los negocios, invitados a la mesa y a los salones de señores de abolengo histórico, para servirles de espectáculo risible y motivo de sarcásticos comentarios desdeñosos.